

La Intervención Social en los escenarios actuales. Una mirada al Contexto y el Lazo Social

La zona de angustia (así la denominaba Erdosain)... era la consecuencia del sufrimiento de los hombres, como una nube de gas venenoso se trasladaba de un punto a otro...sin perder su forma; plana y horizontal... Angustia en dos dimensiones que guillotinando las gargantas dejaba en éstas un registro de sollozo...

Roberto Arlt. Los siete locos.1930

Lo social y la angustia

Pensar los escenarios actuales de intervención social implica una inevitable mirada y reflexión a la singularidad del encuentro entre lo macro y lo micro social; ubicarla dentro de un contexto caracterizado por el agotamiento y la última etapa del discurso neoliberal que se expresa en diferentes formas de malestar.

Por otro lado, hay otro discurso que va surgiendo en nuestro continente, una forma de enunciado que aún no está del todo escrito y que puja en diferentes terrenos con el neoliberalismo, produciendo una serie de choques y enfrentamientos que son generadores de una multiplicidad de contradicciones franqueadas por certezas y dudas.

Esa pugna, en tanto constructora de acontecimientos, posee dos órdenes de mediación. Uno de ellos es el territorio, tanto desde lo material como lo simbólico, siendo atravesado por lo macro social. El otro se expresa en la singularidad de cada actor social. El contexto de la intervención en lo social, de esta manera, se encuentra marcado por una serie de inscripciones que generan nuevas y más preguntas. Tal vez, los ejes más relevantes de éstas pasen por los efectos del neoliberalismo en la trama social, tanto desde lo objetivo a partir de los relevantes efectos de las desigualdades, como en la construcción de nuevas y más formas de subjetividad.

La idea de pérdida de anclaje material y simbólico, la caída de las referencias, de la previsión, la precariedad de la vida cotidiana y la movilidad descendente en una cultura que pareciera sólo ofrecer objetos como forma de satisfacción, construyeron y siguen erigiendo desde hace décadas un modo de padecer que integra lo social con lo subjetivo.

En esas cuestiones, las sociedades arrasadas y paralizadas por el terrorismo de mercado sufrieron y aún sufren formas de cimentación de subjetividades que se expresan de diferentes maneras, pero fundamentalmente dando cuenta de la fragmentación de la solidaridad, los lazos sociales y las relaciones de intercambio y reciprocidad, en definitiva, de la sociabilidad. Una nueva forma de malestar se presenta en un contexto que algunos autores definen como de hipermodernidad. Pareciera que lo que sobresale como expresión del malestar es una especie de afirmación que se hace desde los profetas del mercado que culmina en una salida que podría sintetizarse en la creencia de habitar en una civilización donde pasa “todo y nada” a la vez. El movimiento acelerado de imágenes, discursos, bienes, propuestas y múltiples posibilidades, transforma la velocidad en inmovilidad a partir de tornarse imposible obtener cualquiera de esas propuestas sin que éstas se transformen en antiguas y sin valor al instante de ser alcanzadas.

El Neoliberalismo deja una extraña sensación de orden en medio del caos, generando una idea de mundo conocido y ordenado a través del temor al otro y la máxima exacerbación del individualismo

como su expresión más relevante. De este modo organiza nuestras sociedades en una conjunción que oscila entre el miedo y las promesas de placer efímero.

La ruptura y estallido -en múltiples formas- de la amalgama entre igualdad, libertad y fraternidad que dio forma a los pensamientos utópicos y transformadores durante todo el siglo XIX y gran parte del XX, sirvió para naturalizar y hacer invisibles las desigualdades sociales, la ruptura de la sociabilidad y el aislamiento.

La noción de desigualdad como derecho, utilizada por la cruzada neoconservadora iniciada a mediados de la década de los setenta del siglo pasado, sintetiza de alguna manera esas ideas. De este modo, la igualdad en algunos sectores de nuestras sociedades sigue siendo percibida y presentada como un peligro, riesgo o abuso, que puede coartar o terminar en forma definitiva con la libertad. Así, se suele hablar de exceso de derechos o de la utilización de las Políticas Sociales como forma de abandono, ociosidad o proto delito.

Las desigualdades sociales construyeron otras formas de relación social en las cuales la inclusión genera temor, especialmente desde la imposición de un discurso en el que la sociedad es un pequeño espacio para pocos mientras que los territorios de la exclusión social la rodean, acechan y a veces la invaden. Éstos son presentados -especialmente desde los medios de comunicación y los imaginarios sociales- como áreas de guerra, puja y violencia de los cuales sólo se puede huir desde diferentes formas de encierro espacial y subjetivo.

A su vez, la exclusión social opera como un ordenador de la sociedad, donde cada “incluido” acepta cualquier condición o propuesta para seguir perteneciendo a una espacialidad metafórica que se asocia a la posesión de objetos, bienes y cierta idea de estabilidad laboral. En esta tensión entre inclusión y exclusión, planteados los territorios en puja, tensión y guerra, la incertidumbre generada desde diferentes formas discursivas impide, en diferentes sectores de nuestras sociedades, proyectar ideas de futuro y transformación, tornándose en formas subjetivas de padecimiento y temor. Aun así, en la aceptación del aislamiento de los otros, las sociedades construidas desde el temor -con la única promesa del hiperconsumo como resolución hedonista del deseo- están franqueadas por la decepción. La angustia como “zona” no sabe de inclusión o exclusión social.

La caída del discurso neoliberal genera una serie de nuevas tensiones entre dos modalidades discursivas. Una, la neoliberal, asociada a un devenir signado por la fatalidad y la impotencia donde las ideas son presentadas como sinónimo de conflicto y fracaso, que propone al mercado como única verdad. Enfrente, otra que señala un fuerte resurgimiento del discurso de la voluntad como camino de transformación política, económica y social, planteada desde una vuelta de lo colectivo, de la pertenencia a proyectos como sinónimo de certezas y seguridades.

El Lazo Social como lenguaje

El Lazo Social, aun así, se fue construyendo en forma dificultosa, precaria, compleja, en el temor a la exclusión social. El lazo social se fue conformando como un lenguaje que habla en forma balbuceante de tramas sociales, pautas y códigos, donde es posible -y muchas veces necesario- reconocer retazos de relatos e historias negadas por años de dictaduras militares y económicas.

El neoliberalismo contaminó la sociabilidad imponiendo la lógica *costo - beneficio*, el temor al otro, incluso su objetivación, ratificando más y nuevas dificultades en las relaciones sociales, impactando de forma diferente en el Lazo Social.

De este modo, el Lazo Social se presenta como un lenguaje a develar en cada circunstancia interventiva. El Lazo Social es un lenguaje en sí mismo que “habla” en cada escenario de intervención. Esta expresión del habla, desde la sociabilidad, se presenta como un observable tanto desde la pérdida y el deterioro de ésta como de la posible resignificación de diferentes espacios de

socialización que nuestras culturas fueron construyendo en contextos de lucha y resistencia política, social y cultural. Esos espacios de socialización, perdidos o desmantelados, también nos muestran otra cara de este proceso de sumisión: la crisis de los sistemas de código y sanción, la separación entre cultura y regulación social. El lazo Social de esta manera se transforma en una forma de relación social mediada por la cultura, el lenguaje y la historia.

El Lazo Social es un lenguaje, posee un orden, pautas, formas y multiplicidad de posibilidades. El Lazo Social está allí, nos precede desde la historia y los mandatos sociales. Desde papeles, guiones, pre escritos y significados, desde una estrecha relación entre cada actor social, el escenario de intervención y sus componentes. Es también un observable de la interacción, las relaciones sociales informales y la vida cotidiana. El Lazo Social es, de esta manera, un mecanismo atravesado por lo simbólico, que da cuenta de la relación entre sujeto y mundo social. Es singular y está compuesto por elementos materiales y múltiples significaciones que lo hacen necesario en la construcción de subjetividad, dado que actúa como mediador en la conformación de diferentes sistemas de significados y valores que nos hacen sujetos.

En la actualidad, la mirada al lazo social se torna más compleja, ya que la intervención social nos muestra nuevos relatos alrededor de éste. Los mismos hablan de su condición efímera, su relación con la sobrevivencia, el atravesamiento de la búsqueda de beneficios en su constitución, en definitiva de sus diferentes formas de resquebrajamiento.

La Protección Social

El retiro del Estado como instrumento de Protección Social que produjo el Neoliberalismo como doctrina política y económica, no implicó su ausencia sino una nueva presencia desde el poder punitivo, generando más y nuevas rupturas. La sanción y el código, ahora desde otra esfera, comenzaron a ser impuestos desde lógicas ajenas a nuestras culturas, pautas y formas de comprender y explicar los problemas sociales, en general a partir de una perspectiva tecnocrática y normativa que convocaba y convoca a la intervención sólo desde su aspecto coercitivo.

Con el retiro, tecnocratización y achicamiento de la protección social, también se fueron deteriorando los sistemas de regulación provenientes del aparato estatal que habían sido resignificados a partir de múltiples luchas, pujas y tensiones. La erosión institucional de lo público generó un desgaste que fue desde la vida cotidiana hasta las propias lógicas de las instituciones “estalladas” y con pocas posibilidades de comprender los escenarios complejos en las que se asientan.

También surgieron nuevas formas de malestar, relacionadas con una sensación de ausencia del todo social como lugar de cobijo, pertenencia y construcción de identidad. Como telón de fondo, la incertidumbre y la idea de no futuro generan nuevas formas de lenguaje que se inscriben en el lazo social, que van desde lo verbal hasta lo corporal. Lo que sobresale es la pérdida de la palabra, su ausencia o recorte.

El cuerpo se presenta como un nuevo lugar del habla. Los cuerpos muestran la identidad, desde diferentes marcas e inscripciones que van desde los cortes -a veces auto infringidos para hacer objetivo el padecimiento subjetivo- hasta las marcas de las múltiples formas de la violencia que atraviesa nuestras sociedades.

De este modo, el neoliberalismo logró alterar un orden discursivo e imponer otro que puede leerse en la textualidad del lazo social. En otras palabras, por la fuerza hizo “estallar” una forma de gramática que se presentaba como producto de luchas y tensiones. La recuperación de la gramática perdida por efecto de las dictaduras y la represión se muestra como campo de intervención desde diferentes disciplinas que intervienen en lo social, como un mandato político que simplemente implica el rescate de la historia y lo colectivo en nuestras sociedades. Sin esa recuperación, el

malestar simplemente se actúa, se queda sin palabras, se transforma en nuevas formas de la violencia que atraviesa la cotidianidad. La no circulación de la palabra llevaba y aún lleva al acto violento, al padecimiento expresado como efecto de represiones que, desde el contexto, se entrometen en la subjetividad.

El retorno del Estado como garantía de Protección Social comienza a construir nuevas certezas, algunas todavía no visualizadas, otras enmarcadas en las dificultades de los dispositivos clásicos de intervención social dentro de instituciones arrasadas por la lógica neoliberal.

El Lazo Social como territorio de puja y conflicto

El lazo social se presenta como una forma de campo de tensión y disputa entre el discurso neoliberal y el colectivo. También es posible leerlo, conocerlo en la sociabilidad, en su orden, en su forma de codificación.

La intervención social enlaza una necesaria recuperación del habla, del lenguaje, de las formas de decir a través de diferentes dispositivos que intenten revincular al sujeto con la cultura, con los otros, con su historia. Esto implica también una mirada hacia las diferentes profesiones en la perspectiva de recuperar el sentido de modalidades de intervención que dialoguen con la historia, lo lúdico, lo expresivo, la pertenencia y la identidad.

En la complejidad actual puede involucrar nuevas miradas hacia lo grupal, lo territorial y la recuperación de la mirada hacia lo singular como formas de intervención abierta que permitan o faciliten un encuentro con el otro de manera profunda e intensa.

Para poder intentar recuperar y reconstruir nuevas formas del discurso junto con los otros como sujetos de intervención, se hace necesario que las distintas disciplinas que intervienen en lo social generen la recuperación de su propia palabra.

El neoliberalismo recortó también la gramática y el orden discursivo de las prácticas, impuso manuales de procedimientos, formas de decir y de registrar que rápidamente se transformaron en modalidades de intervención. La recuperación de la palabra por parte de la intervención social se vincula no sólo con nuevos glosarios y conceptos, sino también con modalidades de escritura, de decir, en los que la recuperación de la metáfora tenga la posibilidad de generar un abandono progresivo de tecnicismos copiados de otros campos y que sólo pueden ser útiles para hacer "fotografías", como descripciones a veces pormenorizadas del presente de una situación que, incapaces de comprenderla desde su construcción histórico social como proceso, mutilan la capacidad de intervención.

El orden del discurso neoliberal impactó de manera relevante en las ciencias sociales. Paradojalmente las dejó sin escenario, sin contexto, haciéndolas ingresar en el terreno de lo abstracto, de ideales de sujeto, familias, barrios muchas veces contruidos desde perspectivas dramáticamente alejadas de nuestras realidades.

Recuperar la palabra también sugiere una nueva relación con lo territorial. Para ello tal vez haga falta aprender de nuevo a escuchar las voces del territorio, de sus actores, significaciones y sentidos, para desde allí reconstruir y recrear nuevos lenguajes y subjetividades.

La discusión acerca de las palabras en la intervención social lleva, por otra parte, a revisar conceptos, categorías, variables, indicadores para poder, desde ese proceso, renombrar y transmitir de otras formas, tanto desde nuestro lenguaje escrito como verbal. En este aspecto, sobresale la necesidad de interpretar, de conocer en profundidad las diferentes situaciones de intervención y su impacto subjetivo.

La intervención social se refuerza como espacio intersubjetivo, atravesado por las representaciones sociales que rodean al problema o necesidad que generó la demanda de intervención. Así, tal vez sea posible pensar en la intervención con más y nuevos horizontes que van desde la desnaturalización de la desigualdad hasta la recuperación de ciudadanías.

En este punto se inscribe el compromiso ético de las profesiones actuales, desde diferentes esferas, reconociendo en principio que la intervención es una “deliberación”, es decir una práctica que necesita nitidez en el sentido, definiendo con claridad desde dónde y para qué se interviene, delimitando de esta forma su lugar en la tensión entre el discurso del devenir sin sentido o la recuperación de la épica de la transformación.

Bibliografía

Arlt, Roberto. “Los 7 Locos”. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1998.

Carballeda, Alfredo. “Los cuerpos fragmentados”. Editorial Paidós. Buenos Aires. 2008.

Carballeda, Alfredo. “Escuchar las Prácticas”. Editorial Espacio. Buenos Aires. 2007

Comas, Corina. “Tesis de Maestría (FLACSO) Lo Social y el padecimiento Subjetivo”,(Mimeo). Buenos Aires, 2005

Lipovetsky, Gilles. “La Sociedad de la decepción”. Ed. Anagrama. Buenos Aires, 2008.